

## Cultura a la contra:

## El encantamiento

En esta rara feria de vanidades, donde hasta los vocablos tienen su precio, se habla mucho del "desencanto", se dice que las izquierdas están desencantadas, que los jóvenes están desencantados, y que desencantados con el mayor de los desencantos son los pasotas. Queda tenga algo que ver en eso la excelente película de Jaime Chávarri sobre la ya casi olvidada familia Trapp, que llevaba ese título, y el estado de ánimo que los lúcidos miembros de esa familia nos mostraban como suyo. En cualquier caso, yo creo que es al revés: que estamos todos "encantados", sometidos a un encantamiento. Somos como príncipes convertidos en ranas en un mundo en el que las ranas se hubieran convertido en príncipes. Vivimos en un mundo de irrealidades, como presos en la pesadilla que alguna bruja ha previsto para nosotros. Deambulamos, como los zombis de Romero, en un inmenso centro comercial —de Plástico al Fídn, del Dos de Mayo a Chueca— movidos por tropismos, por condicionamientos impuestos; pero aquí, y como siempre, la verdadera vida está ausente.

Encantados están esos que ahora llaman pasotas, los marcianos de la urbe, que se han dado cuenta —como todos, pero manifestándolo de una manera más aguda— de que viven en un planeta que no es el suyo. Postura que, por lo menos, puede considerarse muy incómoda; y que lleva, claro, al rechazo total de los sueños de otros, de los que nos los imponen. Y no es que la vida real se nos haya escapado de las manos, sino que nunca la hemos tenido. Y no es que sintamos esa punzada de aburrimiento y decepción que sienten los niños cuando les regalan el juguete ansiado y descubren que no les gusta; eso les pasa sólo a los que tienen muchos juguetes, y nosotros nunca hemos tenido ninguno.

De pronto, decidimos hacer cosas para salir de esa pesadilla de aire mal acondicionado —cada vez se respira peor— que es la vida cotidiana. Buscamos soluciones, soluciones que cambian según la moda imperante: un día son las drogas lo que cambiará nuestra percepción de la realidad y nos hará ver la vida tal como verdaderamente es; otro día pensamos en eso que se llama "la revolución", como medio de cambiar el mundo; luego viene un guru y nos cuenta que en realidad eso de estar encantados no está tan mal y que basta con entenderlo y aceptarlo todo con mansedumbre; y, más tarde, aburridos de todo, podemos buscar en el alcohol o las drogas llamadas duras una manera de no enterarnos del embrujo fatal. Buscamos por todas partes varitas mágicas o nos ponemos en manos del líder carismático, del Mago de Oz que nos enseñe el camino para volver a casa y nos devuelva el valor, el corazón y el cerebro.

Pero las varitas no funcionan, y el Mago de Oz resulta ser siempre un farsante. Nadie nos va a resolver la papeleta, ningún hada monísta escuchará nuestras voces ni nuestros votos. El hechizo al que estamos sometidos sólo podremos arreglarlo —si es que alguien puede— nosotros mismos. Parece que hay que romper el espejo. Lo malo es que no sabemos cómo. ■ EDUARDO HARO IBARS.



Grupo Ibio.

de su bravura en directo. Se trata de una de las producciones más deficientes del sello Gong, ya que a la estrechez del presupuesto hubo que añadir las ausencias por diversas circunstancias del productor y el ingeniero de sonido durante algunos momentos claves de la grabación (hay quien diría que todos los momentos son claves cuando se trata de la realización de un primer disco). Esto determina un sonido pobre, con deficiencias tan flagrantes como la no inclusión de determinadas pistas instrumentales en la mezcla final de alguno de los cortes del LP. Desafortunadamente, las producciones anglosajonas dentro de este tipo de rock nos han habituado a una sofisticación sonora, una perfección en los arreglos de las que "Cuevas de Altamira" carece. En tales circunstancias, es casi una bendición que el disco apenas haya sido promocionado y haya pasado inadvertido.

Ibio ya tienen recopilado el material para su segundo LP, en el que se alejan de los aires populares para utilizar a fondo sus propias capacidades como compositores. Como tantos otros grupos de provincias, las alternativas son difíciles: necesitan crecer, pero su desarrollo artístico se ve entorpecido por su lejanía de los centros de la industria discográfica y los grandes medios de comunicación. Demasiado ingeniosos o demasiado honestos para intentar capitalizar su proximidad, a "el rock con raíces" o "la nueva música celta", Ibio no se preocupan de las etiquetas y confían simplemente en salir adelante por la fuerza de su música y sus convicciones. Sus posibilidades comerciales son esca-

sas y uno desearía poder hacer algo más que encomiar su intento. ■ DIEGO A. MANRIQUE.

## TEATRO

## "El extraño mundo de Nacho Larrañaga"

La sala "importante" del Centro Cultural de la Villa de Madrid ha prestado sus medios técnicos y humanos para la exhibición de la cuarta obra dramática de Torcuato Luca de Tena. Un estreno de estas características arrastrará un forzoso rosario de preguntas que individualizadas quizá no tengan posible contestación, pero que forman, en conjunto, la consecuencia —una más— pragmática de este global desconcierto tantas veces apuntado.

Hay que decir pronto y claro (porque lo visto así lo requiere) que la pieza pertenece a formulaciones viejas y de amargas resonancias. Esta "fantasía dramática" —como el mismo autor la denomina— parece sacada directamente de la falacia oficialista que acaparó nuestros escenarios de posguerra. Un melodrama de tresillo de rica tapicería, donde los personajes evaden con la risa fácil y el llanto doño a unos espectadores enajenados por claras intenciones proselitistas. No sorprende, por otra parte, reencontrar a un Luca de Tena paralizado en sus constantes: carga emocional subjetivizada, regusto por un particular misticismo y,

ante todo, el intento de conectar su ideología con las apetencias de la burguesía. Aunque el mismo autor afirma —un tanto ingenuamente por cierto— que su militancia política nada tiene que ver con su teatro, lo cierto es que nadie es capaz de pensar por un lado y crear por otro; la praxis ideológica es sustantiva en los criterios artísticos.

Compendiar el contenido de "El extraño mundo de Nacho Larrañaga" apenas requiere labor de síntesis. Larrañaga es un ente —que no un hombre— fruto de una imaginación que pretende anteponer los valores morales —católicos— a los puramente materiales. Ser marginado, por tanto, onírico, desvinculado de la realidad, sumido en fantasmas que tapan la verdad de un mundo que le resulta insoportable. La bondad parece ser la base de esta postura que la sociedad termina lógicamente destruyendo. Pero ni esta supuesta verdad ni el contexto familiar y social que le rodean pasan de ser meros espejismos lejos, muy lejos, de la realidad. Porque Larrañaga no es un rebelde ni los personajes que le rodean son sus verdugos. Es decir, a fuer de no profundizar, el autor se limita a reseñar su ideal humano sin criticar las causas sociales que no lo hacen posible. No se quiere ofender a la institución familiar, a los tecnócratas, a una burguesía corrompida e hipócrita. Luca de Tena, enmarcado en el convencionalismo, se limita a palmotear las espaldas de los espectadores, invitándoles paternalmente a limar "ciertas cosillas" de forma. Lo establecido, pues, es lo justo y hay que revisarlo para que no sea deteriorado o destruido por su propia dinámica.

La mayor de las sorpresas —la única en realidad— viene a partir del montaje. Guillermo Gentile (cuya ideología política quedó bien patente en su primera aparición en nuestros escenarios) encarna el personaje de Nacho Larrañaga y al tiempo se encarga de la dirección escénica. Esta forzadísima comunión de un autor de la derecha con un actor-director de la izquierda (y esta concesión de Gentile no puede disculparse por mucha que sea la penuria en la profesión) ofrece unos resultados abstractos que reflejan la lucha interna por ocultar y suavizar el fondo real del texto. El sentido religioso (apurado hasta el punto de que Larrañaga "escucha voces cele-

tiales" y es seguido por su "ángel guardián"), la supuesta poesía que destilan unos personajes pertenecientes a la alta burguesía (Gentile debe saber muy bien el sentido poético de un alto ejecutivo, por ejemplo), no pueden ser escamoteados por una puesta en escena con aires progresistas, efectos mágicos ni con una dirección de actores correcta.

La doble contradicción (Centro de la Villa de Madrid al servicio de un teatro inservible, autor de la derecha en manos de un director de ideología diametralmente contraria) no puede provocar, en definitiva, más que un total desajuste e incoherencia. ■ MIGUEL A. MEDINA.

## ARTE

*Carmina Maceñ, la directora de la galería Skira (1), nos sorprende algunas veces con alguna producción extrañamente poética a través de la cual trata de introducirnos en la obra de sus pupilos. Yo lo entiendo mejor cuando voy a su galería y me ofrece una copa de vino. En el catálogo de Jesús Carles de Vilallonga —catalán, como su nombre indica—, Carmina escribe, con una literatura profetista que yo no acabo de descifrarle, pero cuya literatura —la música— me suena bien, lo cual ya es importante, creo, poéticamente. Y, además, si a Carmina no la acabo de descifrar bien, para eso está otra introducción, la de Danielillo Giral Miracle, que ése habla un idioma como el mío, el de los críticos que se entienden —pues ya sabéis el reproche que se nos hace corrientemente a los que ejercemos esa pobre profesión—. Por él —por Danielillo Giral— sé que Vilallonga es un catalán del 27, que vive desde hace años entre Montreal y Cadaqués y que su actividad discurre entre Canadá, los Estados Unidos y, en general, América. Ahora, tras exponer en el Dau al Set barcelonés, lo tenemos ahí, en la galería de Carmina.*

(1) Madrid.

## Jesús Carles de Vilallonga

Vilallonga es un pintor con argumento. Quiero decir que no es un artista que se dejó sugestionar por aquella razón —"aquella razón" o aquella argumentación— que tanto circuló en los tiempos previos al surrealismo y que siguió circulando después entre los que no aceptaron la revolución surrealista, según la cual el problema del arte tenía que solucionarse, como quería Maurice Denis, entre formas y colores "organizados según un cierto orden". En muchos aspectos, el surrealismo fue una reacción —y aun un mentís— a esa idea. Reacción y mentís que ya están incrustados en todo el arte contemporáneo, aunque no sea surrealista. Por ejemplo, está en Vilallonga, que tampoco es un surrealista, aunque ni esté ni

pueda estar frente a ese movimiento.

No, no es un surrealista, y cuando yo digo esto no me apoyo más que en una cuestión estilística. Pero la argumentación más o menos misteriosa está presente en él. Y está presente, incluso, prestándole a ese argumento más o menos misterioso todo el énfasis posible frente a lo que podría ser el argumento adverso: al de las "formas y colores organizados según un orden", y nada más. Es más, yo creo que en el caso de Vilallonga podría cobrar nueva vida aquel argumento —viejo, como de la época renacentista, a cuya edad pertenece— suscitado por Miguel Ángel cuando le preguntaron su opinión sobre los pintores flamencos que entonces estaban deslumbrando a los ricos italianos, a cuyas ciudades estaban llegando sus obras. Y dicen que Miguel Ángel dijo que sí, que estaban muy bien, pero que eran cuadros que no estaban concebidos en una unidad de obra y forma —una virgen, una batalla, un desnudo—, sino en una miríada de pequeños mundos... Y era verdad, pero eso no podía tomarse como un defecto, sino como una diferencia de cultura pictórica, cuyas razones también son válidas.

Pues para el onirismo misterioso de Vilallonga habría que rescatar el derecho estético previo a los flamencos para concebir a cada obra, más que como una unidad cerrada, como un conjunto de obras y de mundos que se expresan. Y en el caso concreto de Vilallonga, no se trataría tanto de un ramillete de mundos diferentes cuanto de un gran conjunto desde el que se hace visible una multitud de pequeñas escenas, cada una de las cuales es al conjunto como la parte desprendida de un solo cuerpo...

Tras lo que vengo diciendo de Vilallonga, cabría esperar de él esa cierta adscripción a las lineaciones curvas que parecen ser patrimonio de los pintores que son más dados a la "ilustración". Y no. No es que Vilallonga sea un geometrista ligado indefectiblemente a las lineaciones rectas, no. Es que la recta queda detrás de todo su ideario, como si fuese la razón última en la cual se apoya toda su figuración. Porque eso, la figuración, sí que constituye su última y definitiva palabra. Vilallonga es, casi enfáticamente, un pintor figurativo. ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.

Pintura de Vilallonga.

